

Caribe

Pilar
Renau



Novela_

EL GUARDIÁN LITERARIO

Caribe

Pilar
Renau



Novela_

EL GUARDIÁN LITERARIO

Le decían Caribe porque siempre estaba bronceado. Tenía la piel dorada y brillante, y los pelos de los brazos, las piernas y el pecho rubios. Parecía un actor de la tele: alto y con músculos que se le notaban a través de la ropa. Caribe era lindo de ver. Me gustaba cómo hablaba, y me gustaba su olor. Era un olor dulce, empalagoso, como una mezcla de garrañadas y coco. Un olor que venía de la combinación de una colonia barata y protector solar. No sé si era que se ponía mucho de los dos, o que esas sustancias se adherían con mucha fuerza a su cuerpo. Yo sentía que, al tenerlo cerca, el aroma de su perfume me acompañaba el resto del día.

Lo conocí el verano en el que cumplí 13 años. Yo siempre había sido distinto de la gente del pueblo, aunque no entendía bien por qué. No me interesaban los barcos, ni trabajar en el puerto, ni las chicas, ni hacer cosas con amigos. En realidad no me interesaba nada que hubiera en la isla, y soñaba todas las noches con escaparme de mi casa, subirme al ferry y empezar una nueva vida lejos. No importaba dónde, sólo sabía que ahí no quería estar.

Un día mi padre me despertó y sin decirme nada me llevó hasta el barco de Caribe.

—Vas a empezar a trabajar con él —me dijo después de presentarnos.

Era la primera vez que lo veía, después de haber oído su nombre varias veces en mi casa. Es que mi padre había empezado a hablar mucho de él. Estaba como fascinado con esta persona que había llegado al pueblo hacía poco. Yo escuchaba seguido historias que lo tenían como protagonista. Caribe esto, Caribe aquello. De todas maneras no me interesaba, no me intrigaba esa nueva persona en la vida de mi padre. Al minuto de estar en su presencia cambié de opinión: Caribe tenía algo mágico, algo que exudaba y se percibía al instante. Se me acercó, me dio la mano y sentí esa fragancia embriagante por primera vez. Su olor dulce me envolvió entero, se metió en mis pulmones, y automáticamente me sentí bien. Me pregunté si mi padre había sentido lo mismo.

La mañana en la que nos conocimos, hacía más calor que los días anteriores. Estaba húmedo y pegajoso. A lo lejos se veían unas nubes densas y grises, que auguraban una tormenta que no tardaría mucho en llegar. La mayoría de los pescadores del puerto habían decidido esperar a que pasara, pero Caribe me hizo subir al barco y zarpamos hacia el mar. Desde la popa vi la isla hacerse cada vez más chiquita, mientras escuchaba el sonido del agua chocando contra el barco. Una vez que llegamos a una zona tranquila, Caribe empezó su clase y me enseñó lo más básico que tenía que saber un pescador: las partes del barco, las redes, la carnada. Me iba mostrando cada cosa, y me hacía repetir los nombres. No le pareció raro que yo viviera en una isla, tuviera un padre pescador y no supiera nada sobre barcos. Y si le pareció raro no me lo hizo notar. Esa actitud me hizo sentir seguro.

La tormenta nunca llegó, y ese día además de aprender sobre el trabajo que me iba a tener ocupado todo el verano, hablamos. Habló él, y sorprendentemente, también hablé yo. Me preguntó qué me gustaba hacer, me preguntó sobre mi familia, el pueblo, mis cosas. Y todo lo que le decía parecía importarle. Yo no estaba acostumbrado a que me prestaran atención, menos un adulto.

Pero Caribe era distinto, y esa certeza me invadió a los pocos minutos de conocerlo.

Al final del día, cuando ya estábamos de vuelta en el puerto, me dio la mano para despedirse. Su olor me embriagó de nuevo, y volví a casa con la mano muy cerca de la nariz, aspirando toda su esencia. Una vez en mi habitación, ya tarde, me quedé dormido pensando en él. Fue la primera de muchas noches en que la imagen de Caribe me acompañaría antes del sueño.

El segundo día, cuando estábamos lejos de la costa y ya habíamos tirado las redes, Caribe se sacó la remera y se acomodó en la proa. Esa fue la primera vez que le vi el pecho desnudo. Después le vi la cicatriz. Era una línea roja en la parte derecha de su abdomen, como un rasguño, pero más grueso. Caribe lo notó y se pasó la mano por encima. Me di cuenta en ese momento de que no sabía nada de él. Ni siquiera su verdadero nombre. Quería preguntarle de dónde venía, quería escuchar historias de su infancia, que me contara sobre su familia, sus amigos. Pero él sólo parecía tener interés en escucharme hablar a mí. Y eso me gustaba.

Nunca me había sentido a gusto en el pueblo, pero el tiempo previo a ese verano había sido particularmente duro. Unos días antes de empezar las vacaciones habíamos tenido una actividad deportiva con una escuela del continente. Yo estaba anotado para una carrera a campo traviesa, en la categoría individual. No era bueno para los deportes en equipo, pero correr siempre me había gustado, y no me representaba mucho esfuerzo. Mis compañeros de clase corrían en grupos de dos o tres, yo en cambio iba solo. Conocía muy bien el camino, y eso me daba una gran ventaja sobre los chicos de la otra escuela. Ellos estaban más entrenados y parecían más fuertes, pero ya en el primer kilómetro les había sacado unos buenos metros de ventaja. Hice una primera vuelta sin complicaciones. Me seguían otros chicos, sin embargo llevaba la delantera muy tranquilo. Pero hacia la mitad de la segunda,

en la entrada a un bosque que había que atravesar; dos chicos de la otra escuela salieron a mi encuentro, deteniendo mi paso. Les pedí que me dejaran avanzar, pero antes de que pudiera terminar la frase sentí un golpe muy fuerte en la espalda que me dejó tendido en el suelo, aturdido. Me llevó unos segundos levantarme, pero cuando lo hice los chicos, transpirados y sucios de la carrera, me empujaron al piso de nuevo y entre todos me dieron tantas patadas que en un momento dejé de sentirlas. Cuando se dieron cuenta de que ya no iba a levantarme salieron corriendo. Me quedé ahí tirado unos minutos, hasta que escuché que venía gente corriendo. Traté de pararme, no para seguir corriendo sino para evitar otra golpiza. Pero las piernas no me respondían, y tenía todo el cuerpo duro. A los pocos segundos los vi, eran mis compañeros, en esos grupos de dos o tres, corriendo casi a la par. Respiré aliviado, estaba fuera de peligro. Pero todos, sin excepción, me pasaron por al lado, sin detener la marcha, sin mirarme casi. Recién pude levantarme varios minutos después. Llegué al final de la carrera, con la ropa rota, sangre en mis rodillas, sucio, y con todo el cuerpo marcado por las patadas. Culpé a la raíz de un árbol que no había visto. Los chicos de la otra escuela se reían, mientras festejaban la victoria injusta. Mis compañeros, en cambio, evitaban mirarme.

Los profesores me llevaron a la enfermería, donde me curaron las heridas superficiales. Me dolía hasta respirar. Después me acosté en la camilla, y me quedé dormido.

Me despertó la enfermera, no sé cuánto tiempo después, porque mi padre me había pasado a buscar. Cuando me vio, antes de preguntarme cómo estaba, me dijo que él no me había criado para que fuera tan tonto como para no ver una raíz de un árbol. Después hizo un silencio.

—Tenés que aprender a defenderte —agregó.

Hicimos todo el trayecto a casa en silencio.

Ese día sentí, como nunca antes, la necesidad de escaparme para siempre de ese lugar. Nada de lo que pasara ahí podría hacerme cambiar de opinión.

Los días fueron pasando y el barco de Caribe se convirtió en una especie de refugio. Sólo me interesaba estar con él ahí arriba, sintiendo el aire fresco del mar, el sol en la espalda, el olor a océano. Bastaba con llegar al puerto y verlo cargando las redes y la carnada para que cualquier sensación de malestar se disipara. Entendí rápidamente que su figura me calmaba, como unas gotas de aloe vera sobre la piel quemada. Caribe era como un bálsamo para mí.

El ritual era siempre el mismo: zarpábamos en silencio, y sólo cuando alcanzábamos la tranquilidad del mar adentro, Caribe disparaba su primera pregunta: “¿Cuál es el recuerdo más antiguo que tenés?” “¿Qué harías si alguien viene y te cuenta que mañana se acaba el mundo?” “¿Qué preferirías, saber: *cómo vas a morir o cuándo vas a morir?*?” “¿Preferís poder decidir el futuro o poder cambiar el pasado?” “¿Dónde te gustaría *estar en quince años?*?” “*Si pudieras hacerlo, ¿cambiarías algo de tu pasado?*?” “¿Poder volar, viajar al futuro, leer la *mente o ser invisible?*?” “¿Viajar al futuro o viajar al pasado?” “¿*Creés en el amor para toda la vida?*?” “¿Preferirías oler, escuchar o ver muy intensamente?” “¿Comer sólo *tu comida favorita o poder comer todo menos tu comida favorita?*?” “¿Que nadie entienda cuando hablás o no entender nada de lo que te dicen?” “¿Estar siempre a punto de estornudar o siempre tener ganas de hacer pis?” “¿Qué es peor, no poder mentir o no poder darte cuenta si te están mintiendo?” “¿Que haya algo después de la muerte o no?” “¿Por qué?”

Yo sentía que con él hablaba todo lo que antes había callado. Durante esas horas compensaba todo lo que no decía ni en mi casa, ni en la escuela, ni en ningún otro lado. Mientras yo contaba mis historias, mis preocupaciones, mis reflexiones sobre cualquier cosa, Caribe se paseaba por el barco sin remera, se entregaba al sol, y me miraba. Yo quería que me prestara atención. Sus ojos

sobre mí me hacían sentir importante, porque para mí Caribe era poderoso. Podía llegar hasta contarle mis secretos más íntimos con tal de que no dejara de mirarme. Caribe me permitía soñar cosas.

Muy de a poco me fui animando a preguntar yo también, y así pude ir armando una especie de rompecabezas de su vida con las pocas cosas que me contaba: sus padres habían sido muy estrictos con él y por eso se había ido joven de su casa; había nacido en una ciudad grande, pero había viajado por todo el continente y así fue cómo había aprendido el oficio de pescador; hacía algunos años se había cansado de viajar, se había instalado en el sur y se había comprado el barco. No me contó por qué había llegado al pueblo, nunca hablaba de eso. Sólo me dijo que estaba cansado de estar solo.

A pocas semanas de haberlo conocido, Caribe se había convertido en una presencia tranquilizadora para mí. Hacía mucho que no me pasaba algo así con alguien. En realidad nunca me había sentido así con nadie. Un día hicimos una ruta de pesca distinta. Una vez instalados en el medio del mar, Caribe sacó dos botellas de una heladerita y me alcanzó una. Me preguntó si ya había tomado cerveza alguna vez. Le dije que no. Me sonrió y me dijo que me iba a gustar, pero que no le podía contar a nadie, porque si no no me iban a dejar trabajar con él nunca más. El sabor de la cerveza no me gustó, pero no quería defraudarlo, así que la tomé entera, de a sorbos muy chicos que iba mezclando con mi saliva para poder tragar. Después me dijo que me sacara la remera, así me quemaba un poco el cuerpo. Agarró su bronceador, y se acercó. Me entusiasmé porque pensé que por fin iba a oler como él. Pero faltaba la colonia. Mientras me miraba, sonreía y se echaba el líquido blanco en la mano. Después empezó a esparcímelo por la espalda, con una delicadeza que no volví a sentir nunca más. Cuando terminó me hizo dar vuelta y me puso más crema en el pecho, fijando su mirada en mis ojos. Nunca lo había tenido tan cerca.

Fueron unos segundos en los que sentí que el tiempo se detenía totalmente: Caribe y yo, cara a cara, su perfume penetrándome por completo, sus ojos fijos en los míos, el viento del mar pegándome en la espalda desnuda, mi piel completamente erizada. Pero de repente se levantó y me dijo que teníamos que volver, que era tarde, que tenía cosas que hacer en el pueblo. Yo no quería irme, podría haberme quedado toda la vida en ese barco con él.

Su comportamiento durante los días que siguieron fue extraño: no me preguntaba nada, me evitaba al máximo y trataba de no pedirme cosas. En algún momento se me hizo evidente que no me quería ahí. Pero su presencia era tan poderosa para mí que no me planteé dejar de ir a trabajar con él. Ya no lo tenía tan cerca, prácticamente no escuchaba su voz, pero con verlo me alcanzaba.

Me dormía preguntándome qué podía haber pasado, por qué de repente había empezado a evitarme. Volvía una y otra vez a ese día en el barco. ¿Qué había pasado de distinto a los otros días? Empecé a pensar que había algo de mi cuerpo que a Caribe le repugnaba al punto de querer alejarse completamente de mí. Me miraba al espejo buscando respuestas. Pero el reflejo que veía me gustaba: el sol había empezado a dorarme la piel, el trabajo en el barco me había hecho desarrollar unos incipientes músculos y el aspecto desgarbado que me caracterizaba empezaba a desaparecer de a poco, dándole lugar a una figura más fuerte y firme. Entonces no era eso. Quizás era algo que había dicho. Aunque no recordaba haber dicho nada que le pudiera molestar.

No encontraba respuestas y ya no sabía dónde buscar. La angustia se había apoderado completamente de mí. Pero un día Caribe resurgió como un volcán. Cuando llegué al puerto me estaba esperando con una sonrisa que no había visto durante días. Zarpamos y volvió a hacerme preguntas, a contarme pequeñas historias de su pasado, a mirarme como me miraba antes. Y ya en el medio del mar repitió una frase que iba a escuchar en mi cabeza

muchas veces más: “*sacate la remera, vení al sol*”. Cuando terminó de ponerme su crema en la espalda y el pecho, me acomodó de frente y me pidió que le pusiera bronceador. Sentí un terror inmenso. ¿Y si hacía algo mal? ¿Y si mis manos no eran lo suficientemente suaves como las de él? ¿Y si hacía algún movimiento que lo espantaba y lo alejaba de mí otra vez?

Caribe percibió mi miedo. Apretó el envase de su bronceador y cuando la palma de mi mano se llenó de crema la llevó hacia su pecho y empezó a esparcir el líquido en círculos, muy despacio. Nuestras miradas se encontraron y en el movimiento de sus ojos verdes vi el regocijo en su cuerpo. De repente ese terror intenso se convirtió en una especie de energía que me recorrió entero. Como si miles de hormigas me caminaran por las piernas, el cuello, los brazos, el estómago. Era como el momento previo a caer al mar después de correr y saltar desde un acantilado. Una adrenalina hasta ese momento desconocida. Fueron unos segundos así. Y Caribe volvió a separarse de mí. Me sonrió y se sentó en la proa a tomar sol.

A la noche, acostado en la cama, reviví en mi cabeza la escena una y otra vez. Me quedé dormido mientras sonreía.

Dos

El día que vi a Caribe desnudo fue también el día que lo vi llorar.

Hacía días que una tormenta muy fuerte castigaba al pueblo, y los pescadores no podían salir al mar. Al sexto día de lluvia ininterrumpida un grupo de cuatro hombres decidió salir en dos barcos. Uno volvió, y el otro no. El pueblo entero lloró las pérdidas. Mi padre había quedado especialmente afectado, y los días que siguieron me trató como nunca antes: me miraba con amor, me daba palmadas en la cabeza, y el día en el que se celebró el velorio de los pescadores insistió en que lo acompañara al bar.

Yo percibía que ese cambio en el comportamiento de mi padre, además de la tristeza que sentía, también tenía que ver con mi trabajo con Caribe: ser su ayudante me daba una especie de estatus especial, porque todos querían estar cerca de él, y él, de alguna forma, me había elegido a mí.

El bar era un lugar que les pertenecía a los pescadores. Ni los viajeros pasajeros, ni los comerciantes, ni las mujeres podían entrar. En el bar sólo se les vendía a los pescadores del puerto. Era el lugar de ellos.

Apenas llegué, me sorprendió el olor: una combinación de humo, lavandina, y aceite frito me invadió al entrar. Sin embargo, ese aroma desapareció rápidamente cuando entró Caribe. Tenía una cara que no le conocía hasta ese momento: una mezcla

de tristeza y miedo. Se acercó hacia donde estábamos nosotros y abrazó a mi padre. Después me puso una mano en la cabeza y me despeinó. Ese gesto, extrañamente paternal, me desagradó un poco. También me pareció raro verlo tan afectado, ya que no hacía mucho que estaba en el pueblo.

La despedida de los muertos fue corta: uno de los hombres dijo unas palabras del mar, sobre su belleza y los terrores que trae, y todos levantaron sus vasos, al mismo tiempo que agachaban las cabezas y miraban el suelo. Después pusieron la música fuerte y empezaron a formarse grupos de cuatro o cinco.

Yo era el único chico del bar. Me gustó ser parte de ese momento, ver a mi padre vulnerable y sobre todo ver a Caribe entre los hombres: varonil, fuerte, extremadamente popular. Todos querían hablar con él, estar cerca, tocarlo. Le alcanzaban vasos, le palmeaban la espalda, lo miraban como hechizados. Él pasaba de un grupo a otro. Cada tanto me miraba y me sonreía, o me hacía alguna cara levantando las cejas, o mordiéndose el labio de abajo, como pequeños guiños que yo no terminaba de entender. Sólo sabía que me gustaba buscarlo con los ojos entre la gente y que él estuviera mirándome.

El bar se fue vaciando de a poco, mientras los vasos se llenaban y se tomaban rápidamente. Caribe, completamente borracho, apenas podía mantenerse de pie. No desentonaba con el escenario, no era el único borracho del bar, pero yo me daba cuenta de que había algo que estaba mal. La suya era una borrachera triste.

Mi padre y yo lo llevamos hasta la casa. Hicimos el camino los tres en silencio, mientras una luna gigante y blanca nos alumbraba. El aire fresco parecía hacerle bien a Caribe, que de a poco dejó de arrastrar los pies y se puso un poco más firme. Al cabo de unos minutos llegamos. Era una casa blanca, de una planta, con una puerta azul. A la derecha tenía una igual, con la puerta roja, y a la izquierda otra con la puerta verde. Las ventanas estaban

cerradas con los postigos. Caribe tardó unos segundos en encontrar las llaves. Sugerí quedarme a ayudarlo a acomodarse y volver a casa. Mi padre aceptó. Él también estaba borracho, aunque lo disimulaba bastante bien.

Caribe me alcanzó las llaves y abrió la puerta. Cuando entramos y prendí la luz noté lo despojado de su casa: un sillón y una mesa redonda de madera con tres sillas. Había un cuadro de un barco antiguo en una de las paredes, y una especie de tapiz indígena de lana en otra. Mientras recorría ese espacio, buscando algún detalle que me hiciera conocerlo un poco más, Caribe estaba en silencio, sentado en el sillón, tomando de una botella que ya estaba por la mitad. Entré en su cuarto. Su cama estaba deshecha, y había ropa tirada en el piso. La lámpara de la mesa de luz estaba prendida, iluminando una pila de libros a punto de caerse. Busqué con la mirada la colonia que tanto me gustaba, pero no la encontré. Pensé que quizás estaba en su baño, y cuando salí del cuarto en esa dirección lo vi con la cabeza entre las piernas, y hamacándose muy despacio. Caribe lloraba en silencio. Me dio miedo verlo así, pero había algo de ese momento de intimidad que me gustaba, y me salió una sonrisa que rápidamente tuve que disimular. Me acerqué sin decir nada, me senté a su lado, y lo escuché lamentarse, mientras veía cómo sus lágrimas caían y mojaban la tela del sillón. Tuve ganas de abrazarlo, de mostrarle de alguna forma que no estaba solo.

De repente pareció ser consciente de mi presencia, y me miró extrañado. Tenía la boca torcida y los ojos abiertos, como si estuviese viendo a un fantasma. Se paró de pronto y se fue a la otra esquina del cuarto, sin dejar de mirarme. A los segundos se calmó, se acercó a la mesa, dejó la botella y empezó a caminar hacia el baño, mientras se sacaba la ropa con dificultad. Cuando intentó sacarse el pantalón trastabilló y cayó al piso. Acostado en el suelo siguió con su misión, mientras hacía sonidos de esfuerzo. Verlo

derrumbado me generó una sensación rarísima, mezcla de ternura y repulsión. No sabía qué hacer; si acercarme, ofrecer ayuda, dejarlo solo. En calzoncillos, se arrastraba por el piso, mientras intentaba pararse. Finalmente me acerqué y lo ayudé a levantarse. Lo llevé hasta la cama y lo dejé ahí.

Ya acostado, en la cama deshecha, Caribe se sacó los calzoncillos, totalmente consciente de que yo estaba a centímetros, mirándolo. Lo vi desnudo. Mis ojos se posaron primero en su pecho, que ya conocía, después en su cicatriz, en la que no había vuelto a pensar desde la primera vez que la había visto, fueron hasta abajo y ahí lo vi, enorme, rodeado de un vello rubio como el de sus brazos y piernas. Caribe estaba completamente bronceado, todo su cuerpo era del mismo color. Pensé cómo era posible, ¿tomaba sol desnudo en el barco? Él seguía con sus ojos firmes en los míos. Sentí la misma energía que me había recorrido el cuerpo esa vez en el barco, cuando había tocado su pecho. El tiempo, una vez más, parecía haberse detenido: pasaban los segundos y ninguno de los dos se movía, pero nuestras respiraciones habían empezado a agitarse, hasta que se equipararon, como si estuviésemos haciendo una coreografía de jadeos. Sentí que Caribe me miraba, pero no me veía.

Yo podría haberme quedado horas mirándolo, hipnotizado, mientras se escuchaba el silencio de la isla a las 3 de la mañana. Pero de repente Caribe suspiró muy hondo, giró a su izquierda, con una mano alcanzó la sábana y se tapó hasta la cintura. Me quedé un rato más mirándolo, viendo su espalda hincharse y deshincharse acompasadamente mientras se entregaba al sueño. Después salí del cuarto y de su casa, sin volver a mirarlo. Antes deirme agarré una camisa que había sobre una silla. En el camino a mi casa no dejé de pensar en su cuerpo desnudo.

Al otro día fui al puerto y Caribe no estaba. Al día siguiente tampoco. Ya pasada la tormenta todos los pescadores habían

vuelto a trabajar, pero su barco seguía amarrado en el puerto, y él sin aparecer. Mi padre y el resto de los hombres del pueblo estaban preocupados: hablaban entre ellos. Empezaron a circular teorías sobre el paradero de Caribe. Unos decían que tenía familia en otro pueblo y había ido a visitarlos, otros que se había enganchado con la mujer de un policía, que los había descubierto y por eso Caribe se había ido un tiempo, y algunos se atrevieron a decir que era un jugador empedernido y que se había ido por una apuesta impaga. Yo sabía muy poco de Caribe, pero sentía que nada de eso podía ser verdad. A nadie le parecía raro que no supiéramos nada de su pasado. Nadie se preguntaba de dónde había salido, simplemente había aparecido un día en el puerto, con su barco, y al poco tiempo el pueblo lo había adoptado como uno de los nuestros. Pero Caribe no era un pescador más, al poco tiempo ya tenía al pueblo entero embelesado y rendido a sus pies, yo incluido.

Pero así como había aparecido un día, ahora se había esfumado.

Mientras tanto yo pasaba los días caminando por el pueblo, tomando sol sin protector solar, pensando en él y en las veces que habíamos estado muy cerca, tratando de entender qué me pasaba con él, por qué mi cuerpo se tensaba tanto cuando me miraba, por qué cerca de él me sentía tan poderoso, por qué no podía sacarlo de mi pensamiento, y qué podía llegar a pasarme si nunca volvía.

Cuando ya habían pasado varios días y las opciones estaban agotadas, Caribe apareció en el puerto, con las bermudas azules y su camisa arremangada, bronceado, peinado y oliendo como siempre.

Llegué al puerto y ahí estaba él, rodeado de otros pescadores. Cuando me vio los despachó y me tendió la mano, como si sólo fuésemos dos conocidos.

—A trabajar —dijo mientras me guiñaba un ojo.

Una vez más fue todo silencio hasta que llegamos al mar abierto. En el trayecto no dejé de mirarlo ni un segundo. Me alegraba estar de vuelta con él, pero una parte de mí estaba algo enojada. ¿Por qué no me había dicho que se iba? ¿Tenía pensado en algún momento contarme qué había pasado? Los días en los que nadie sabía nada de él también había pensado en qué significaba yo para Caribe. Esa noche en su casa, con él tan vulnerable, borracho, triste, confundido, desnudo, ¿qué significaba todo eso? ¿Se acordaba de esa noche? Tenía muchas preguntas, pero no sabía si iba a atreverme a hacerlas.

Cuando las redes ya estaban en el agua, Caribe dio inicio al ritual: se quedó en cuero, se llenó de protector solar, abrió una cerveza y me invitó a sacarme la remera y acompañarlo en el sol. Esta vez no ofreció ponerme protector, pero me miró todo el tiempo mientras me lo esparcía por el cuerpo con algo de dificultad.

Una vez acomodados bajo el sol, Caribe me preguntó qué había hecho en estos días, “*de vacaciones*”. Me molestó un poco el cinismo de su pregunta, pero rápidamente ensayé una respuesta genérica, como para complacerlo.

—¿Me extrañaste? —me miró.

Su pregunta me descolocó y me quedé callado durante varios segundos. Caribe se levantó, volvió a despeinarme la cabeza como ya había hecho esa vez en el bar, y me preguntó qué se decía de él en el pueblo, qué comentaba la gente de “*su desaparición*”. Le respondí que se decían muchas cosas, que había teorías, como que tenía una familia en otro pueblo, o que debía plata, y que si bien yo sentía que nada de eso podía ser verdad, igual no se me ocurría dónde podría haber estado. Caribe pareció no darle importancia a lo que se decía en el pueblo, como si estuviera más allá de todo, o como si prefiriese esos rumores a la verdadera razón de su desaparición. Seguía sonriendo, mirándome, imperturbable, hasta que volvió a acostarse, de cara al sol, en silencio. Pasaron varios

minutos en los que ninguno de los dos emitió palabra. Caribe manejaba las conversaciones hasta cuando nadie hablaba. Después de unos segundos se levantó.

—Me fui porque necesitaba unos días para pensar —dijo.

No me animé a decirle que una parte de mí sentía que su desaparición tenía algo que ver con la noche en que lo había acompañado a su casa.

—No tiene nada que ver con vos —agregó Caribe, como si estuviera metido dentro de mi cabeza.



